



*DIRECTORA*

La Serma. Sra. D.<sup>a</sup> María de la Paz de Borbón de Baviera,

INFANTA DE ESPAÑA

NÚM. 11

Salamanca 15 de Noviembre de 1906

AÑO I

## LA MADRE RECUERDO

PARA EL EXCMO. SR. CONDE DEL CASTILLO DE PIÑEYRO



En el centro de la gran Basílica, y bajo el atrevido, gigantesco cimborrio, dos hileras de bancos de nogal á cada uno de los lados denotaban que aquella mañana asistirían los colegiales de Alfonso XII y los de la Universidad libre de María Cristina á los oficios del Domingo de Trinidad.

Y resonaba aún en los veinticuatro arcos del templo el eco armoniosamente religioso del repicar de las campanas, y el murmullo fervoroso, devotamente halagador de las gentes que repetían, de hinojos ante la Virgen del Patrocinio, la salutación del ángel al fin del sacrificio santo, iba de arcada en arcada y de capilla en capilla..... cuando un pisar uniforme y juguetón sobre el marmóreo pavimento de Filabres y Extremoz profanó inocente la religiosidad pacífica del templo...

De dos en dos, con sus trajes de gala de dorados botones, ceñida



la cintura por el borlado fajín color grosella, y en la enguantada mano el kepis elegante y original, se vieron atravesar el coro, las tribunas del lado de la epístola, y por una escalera de amplios peldaños bajar al templo una, dos, cuatro, seis secciones de colegiales, crecidos, hombres ya unos, en las travesuras de la inquieta é irreflexiva inocencia los más, devotos y recogidos bastantes... Ocuparon sus puestos respectivos, signáronse con fervor, quienes llegaron hasta saludar al Sacramento con devota salutación, y á una palmada de los Padres todos se sentaron... Y á hurtadillas, buscando burladores una distracción de los Padres, dibujaron un beso en los labios sin mancilla para el padre y la madre idolatrados, sonriéronles inocentemente amorosos, y con ligero movimiento de cabeza saludaron amables á los hermanitos inolvidables y á los amiguitos del alma que entre la muchedumbre asistente á la fiesta les contemplaban extasiados de cariño, orgullosos de su paternidad, felices por su amistad francamente desinteresada, apasional.

En los finísimos jaspes, en el bronce y metal dorado á fuego del greco-romano altar mayor reflejábanse oscilantes é irisados los cientos de luces que ardían en candelabros de bronce. De los argénteos incensarios que oscilaban en mano de los acólitos subían en olor de suavidad, á guisa de místicas plegarias, columnas de humo del quemado fragante incienso, y como desbordante catarata de sonidos deliciosos, un coro de nutridas y armoniosamente contrastadas voces repitió sublime, arrepentido los kiries gregorianos del gran Dumont, que el celebrante rezó en voz baja.

Entre los doce colegiales que en el alfombrado presbiterio, del lado de la epístola, arrodillados en cojines de terciopelo carmesí galonados de oro, esperaban el momento de recibir por vez primera el pan eucarístico, estaba Estanislao Belmón. No tenía á su lado como los otros once á nadie de la familia... Estaba solo, en triste amargura, con los ojos de candor llorosos, fijos en el tabernáculo, entrelazadas las manos para la súplica y en ellas apoyada la carita de rubio ángel como los que pintó Murillo, balbuciendo en sus labios el sublime madrigal de la enamorada esposa: *Pone me ut signaculum super cor tuum, ut signaculum super braquium tuum...* Y suspiraba, y entre aquellos suspiros anhelantes percibíasele halagador un nombre, un nombre bellísimo, un nombre con dejos de miel y fragancias de romero, el dulce nombre de Carmen, por quien él ofrecía aquella su primera comunión.

Porque Estanislao era un niño que sólo había visto doce primaveras. Doce primaveras no floridas, rientes y rosadas como suelen contemplarlas los demás niños, sino envueltas en los negros paños de la



orfandad, veladas por el fúnebre crespón de lutos que tejió el crimen despiadado y sin entrañas, tristes y llorosas como lo es siempre el dolor.

Pero él olvidaba en aquel momento los lutos; despojóse hasta del crespón que ceñía ordinariamente su brazo en él, el inocente, y sin trencillas lazo de blanca seda, y sin más pensamientos que el del amplio perdón para todos sus enemigos, sin más aspiraciones que las de recibir dignamente á su Señor y Dueño, sin más esperanzas que la de alcanzar de Jesús el librar á su hermanita Carmen, á cambio de su propia vida, de la parálisis que esclavizaba su tierno cuerpecito, se acercó reposado, recogido, fervoroso á la sagrada mesa en el momento en que el sacerdote, vuelto hacia los fieles y con la sagrada forma en las manos, les decía: *Ecce agnus Dei, ecce qui tollit peccata mundi*. Y los doce, de dos en dos, como bandada de palomas torcaces que va á apagar su sed en la corriente de aguas puras, comulgaron en caridad perfecta, entre los cánticos de piedad del pueblo fiel y los himnos jubilosos de la celestial Jerusalén.

\* \* \*

Nadie supo explicar el cómo fué. A los pocos días una calentura que llegó á cuarenta y un grados en los primeros momentos, le tuvo postrado en cama, en aquella camita colegial de la enfermería, entre las torturas de una sed devoradora y las delicias de un candoroso delirar con la Virgen, con el divino infante Jesús, con su patrón San Estanislao de Coska.

—Sí... ya me voy con vosotros... pero antes es necesario que sanéis á mi hermana... á Carmencita...—exclamaba anhelante, fijos los apagados ojos en el techo, con la voz estertorosa del que está próximo á sucumbir, dejando resbalar por sus tersas y pálidas mejillas de misericordia é inocencia suplicantes.

Así estuvo ocho días, ciento noventa y dos horas de padecer horrible, santamente resignado, hasta que una tarde á las siete, víspera de la Invención de la Santa Cruz, cerró tranquilamente los ojos, plegó á la sonrisa bulliciosa los labios y, balbuciendo el nombre de su hermanita Carmen, dió el último aliento sin muecas ni contracciones extrañas, plácidamente, como quien entra en un sueño tranquilo y reparador.

Cesaron en el colegio las recreaciones, se suspendieron las clases y todos sus amiguitos, todos sus compañeros, tristes y llorosos, depositaron al pie del blanco ataúd ramas de azucenas y de rosas, puñados



de claveles, multitud de geráneos y siemprevivas... Y después, al otro día, seguido de sus profesores y condiscípulos, á los acordes de fúnebre marcha que preludiaba la charanga del Colegio, en hombros de los que con él comulgaron, fué conducido á través de la lonja y del pueblo, subiendo por una pendiente áspera, pedregosa y triste allá, al Campo santo, donde en un nicho del patio principal fué cristianamente inhumano el que ofreció su vida por la salud de aquella Carmencita de sus sueños angelicales, de aquella niña que compartió con él la cuna esplendorosamente triste, sin una madre cariñosa que los meciese y arrullase á su pecho, sin que sonase jamás en sus oídos el idílico, adorado nombre de hijos...

Mellizos ambos de la Marquesa de N., caritativa y digna descendiente de las más linajudas familias de la aristocracia española, que murió al otro día de darlos á luz, y de su esposo, el noble del mismo título asesinado cobardemente en su castillo de Bayona cuando escasamente contaban los niños medio año, se encontraron sin más apoyo y sombra protectora que un primo carnal de su madre, acaudalado aristócrata, que por derecho propio y por afición natural se constituyó en tutor. Y por mucho que los quería, por mucho que los mimaba, como el arrullo de sus caricias no estaba caldeado por la paternidad y carecían además del afecto entrañable, los besos que depositaban en sus puras frentes, vivían nostálgicos.

Y cuando ya los niños se dieron cuenta y comprendieron lo que faltaba á su aparente felicidad, algo que no dan los coches, ni los criados, ni el lujo, se entraban en el oratorio del suntuoso palacio que vivían en Recoletos, y allí de rodillas, á los pies de la Virgen Madre, con las manos derechas, rezaban y rezaban por sus difuntos padres, y porque á ellos les hiciese buenos...

—¡Qué delicia si fuésemos santos, Estanislao!—exclamaba loca de alegría Carmen, la niña de rubia y blanca cabellera, el hechizo del Palacio de los Condes del Cabo.

—¡Y cómo se alegrarían nuestros papás desde el cielo, verdad?—repetía Estanislao...

Y llegaron á los nueve años, y libres ya de la flemática institutriz sajona, su tío puso á Carmen en el Colegio del Sagrado Corazón de Chamartín y á Estanislao en el de los Padres Agustinos del Escorial. Allí fué estudioso en alto grado, hasta alcanzar los primeros premios, complaciente en las distracciones con sus condiscípulos, respetuoso con sus profesores, y todo fervor sencillo é inocente en sus plegarias... Pero en el aula, en la recreación y en la iglesia, su único pensamiento estaba siempre en su linda hermana, en Carmen; que sin saber por



qué, de la noche á la mañana sufrió un ataque de parálisis que la postro en el lecho hasta que el Señor, de modo tan imprevisto como prodigioso, se dignó curarla á cambio del sacrificio que de su propia vida hizo Estanislao el día de su primera comunión.

.....  
 .....  
 Multitud de carruajes blasonados subían una mañana fría y nubosa del mes de Febrero la carretera de los Cuatro caminos á las nueve de la mañana, á la hora que es allí más numerosa la concurrencia de carros de la basura, de traperos con sus borriquillos, de verduleras y lecheras que vuelven de traer ó llevar su mercancía á Madrid, la gran ciudad del vicio y la miseria, de la virtud y la maldad abyectas... Todos ellos, al trote largo de sus magníficos troncos, pasaban frente al Colegio de las Maravillas, dejaban atrás el monasterio de las Mercedarias, y por el camino de Tetuán, torciendo á la derecha, tomaban el que lleva á Chamartín de la Rosa hasta parar ante la puerta del Colegio del Sagrado Corazón, donde descendían y entraban señoras del gran mundo, ministros de la corona, embajadores y hombres políticos de todas clases y condiciones... Las sencillas gentes del pueblo se preguntaban sorprendidas qué era aquello... Y el lúgubre tañido de las campanas tocando á muerto, las enseñó que una joven bellísima, en la primavera seductora de la vida, en la plenitud de sus encantos virginales, renunciando al mundo y sus vanidades, á sus títulos y grandezas se consagraba por entero á Dios, después de legar toda su fortuna á los pobres, en manos del Nuncio de Su Santidad, y á presencia de los poderosos, de los aristócratas que prestaban pleito homenaje de admiración y respeto á tanta virtud y abnegación asistiendo al acto.

Aquella jovencita era Carmen, la hija del sacrificio de su idolatrado hermano, el colegial de San Lorenzo del Escorial.

Desde ese fausto día todos la conocen con el nombre dulcísimo de *la Madre Recuerdo*.

ANGEL LUYA.

Madrid, y Mayo del 906.







## LA CAPILLA

(SONETO)

Lóbrega estancia y por demás mezquina;  
un altar, una lámpara y un lecho;  
pendiente de la Cruz Cristo maltrecho,  
que macilenta la cabeza inclina.

Á los pies de la imagen peregrina  
un criminal cuyo oprimido pecho  
es para su esperanza albergue estrecho  
al mirar de Jesús la faz divina.

Un sacerdote con amor profundo  
que muestra al pecador toda la escoria  
de este vasto erial que llaman mundo;  
y olvidando la vida transitoria,  
entre raudal de lágrimas fecundo,  
un espíritu más para la gloria.

JOSÉ ARTURO POGGIO.

Madrid.







## RECUERDO CONMOVEDOR

---

**L**LUMINADA por los melancólicos resplandores del crepúsculo se hallaba la Basílica de Santa Teresa de Jesús en la tarde del 4 de Octubre. No sé si distraído ó fervoroso, explayaba mis afectos ante Jesús Sacramentado y ante el sepulcro de mi amada Santa, cuando una persona con acento que revelaba cariño acendrado al Serafín del Carmelo, me dijo: "Vaya á la celda de la muerte de Santa Teresa; está muy bonita,,."

Dí fin á mis devóciones y encaminéme al sitio que me habían indicado. Momentos de celestial dulcedumbre fueron para mí los que pasé contemplando á la Santa ya cadáver. ¡Qué tranquilo hallé su rostro! ¡Cómo anhelé que aquella mano reposando en el lecho, se alzara y me bendijera!

No hube de excitar mucho la memoria y la imaginación para que me representaran con realismo consolador los últimos felicísimos instantes de la vida mortal de Teresa de Jesús. Abrasada de amor divino; disfrutando ya de la vista del Amado; recreada con la compañía de la Virgen, de San José y de varios Serafines; alentada por las palabras de Fr. Antonio de Jesús y rodeada de amantes hijas, ahogadas en llanto, Teresa de Jesús murió para la tierra en la tarde del 4 de Octubre de 1582 (1) y nació para las moradas del eterno gozo.

---

(1) Aunque Santa Teresa murió el 4 de Octubre, se conmemora su tránsito el 15 del mismo mes, debido á que por la corrección del calendario llevada á cabo por Gregorio XIII se acordó, á fin de que la primavera coincidiera con el 21 de Marzo, quitar á Octubre diez días, resultando así que el 5 del citado último mes fué día 15 desde el año 1582.



¡Tránsito bienaventurado fué el suyo! Remate gloriosísimo de una vida rica en méritos y en virtudes, consagrada sin desmayo á la gloria de Dios, al celo de las almas, al abrillanamiento de la Iglesia Católica y al acordado cantar las misericordias divinas.

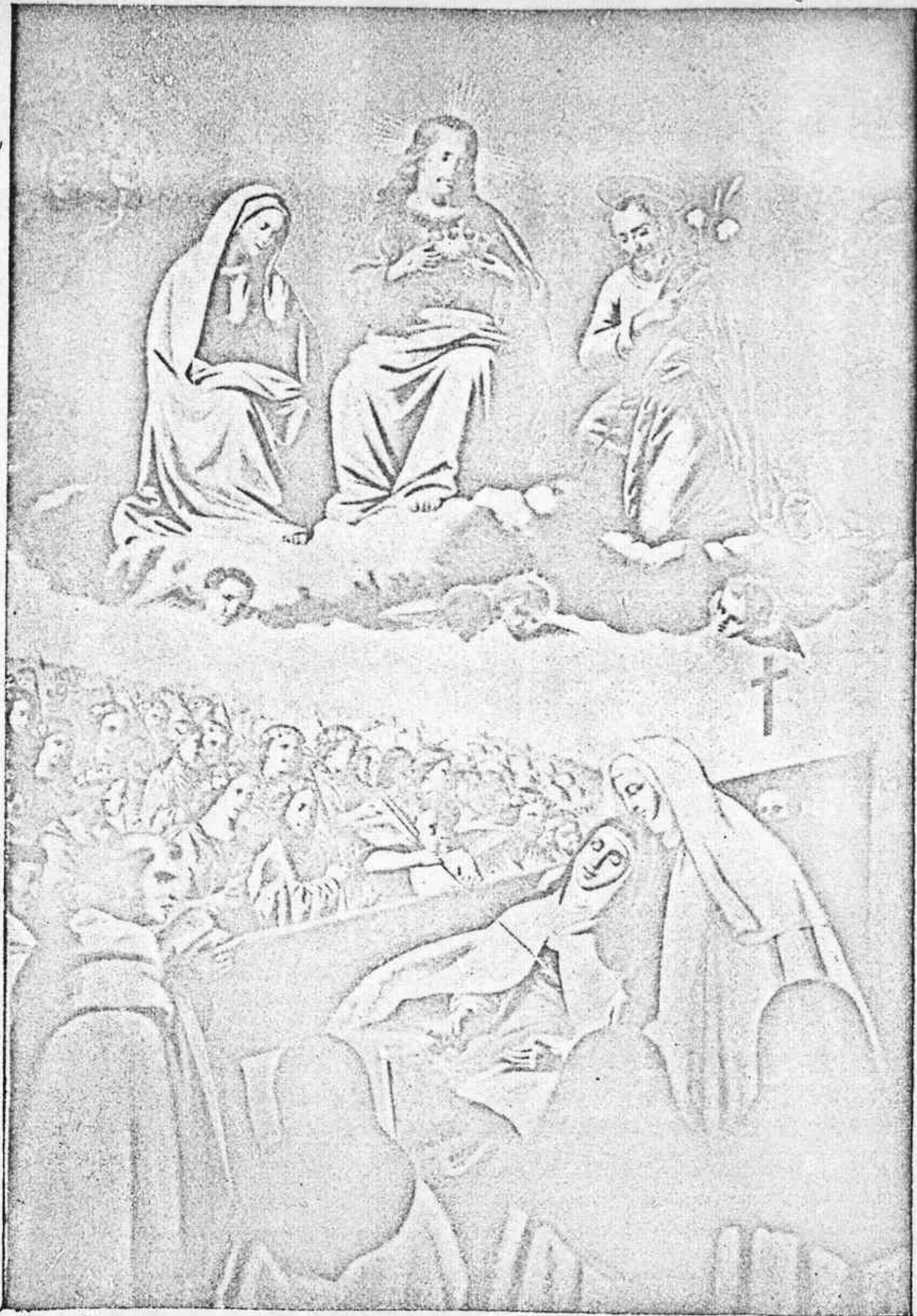
¡Oh! ¡Quién muriera como Teresa de Jesús! ¿Quién? Aquel que la imite; aquel que siga la senda que trazó en sus inmortales escritos: aquel que, á semejanza de Teresa, sea para Jesús, viva por Jesús y al fenecer dé la vida á Jesús. ¡Santa bendita! Gracias tan singulares alcánzalas de tu Esposo para cuantos tienen á gala haber quedado prendados de tus ejemplares virtudes.

TIRMÁN.

6 Octubre 1906.







MUERTE DE SANTA TERESA





# CANTO Á LA MUERTE

(CONTINUACIÓN)

III

## ENTIERRO DE ABEL

—¿Qué buscan esos buitres con sus graznidos  
Y batiendo las alas con giro cierto?—  
—Es una hueste negra de foragidos,  
Que vienen, porque escuchan nuestros gemidos  
Y al olor de la carne del hijo muerto.

Eva de mis entrañas, recio es el trance:  
Hay que enterrar al hijo de los amores,  
Antes que esa siniestra mesnada avance  
Y sobre Abel famélica y atroz se lance,  
Llenándonos el pecho de sus horrores.

Ya está abierta la fosa: la tierra dura  
Fué cediendo al empuje de mis afanes  
Y al gotear del llanto de mi amargura,  
Que era fuego candente, hiel y tristura,  
Cual la lluvia que sueltan los huracanes.

Ya del círculo horrible, que van trazando  
La curva se quebranta, porque en los pinos  
Quizás los más voraces del negro bando,  
Unos en pos de otros se van posando:  
Ya todos en los árboles graznan vecinos.—



Levantóse la madre, cual la neblina,  
Que empujada del viento se alza del lago,  
Herida de la roja luz vespertina,  
Llevando con la pena que la asesina  
Al hijo de los hombros, hecho un estrago.

Y Adán entre suspiros, que ahoga y mata,  
De los pies el cadáver, paciente lleva:  
Ya no hay pena más grande que los abata;  
Ya el dolor del castigo, que se dilata,  
En su pecho lo encierran Adán y Eva.

Va cubierto el cadáver de hermosas flores,  
Que parece que nacen de sus heridas,  
Como nacieron antes de sus amores  
De las virtudes santas los resplandores  
Por los benignos cielos siempre queridas.

Su rostro está sereno, como el dormido,  
Que del vivir indómito no siente el peso:  
Es el sencillo mártir, que ya rendido  
Al tirano despótico y enardecido  
Por el último golpe devuelve un beso.

Camino de la fosa, que abierta espera,  
Va el entierro primero que hubo en el mundo;  
La banda de los buitres se desespera,  
Y en el monte vecino, como pantera,  
Se vió á Caín erguirse meditabundo.

Horrible es el cortejo, medroso el duelo.  
¡Oh angustia la más grande que ve la vida!  
La mirada los padres alzan al cielo  
Y temblando los buitres, con raudo vuelo  
Huyeron asustados del fratricida.

Y llevando el cadáver entre azucenas,  
Benignas compañeras de su amargura,  
Encendidas de pronto todas sus penas,  
Y llorando la sangre dentro sus venas,  
Dieron al hijo muerto la sepultura.



## IV

## EL ALMA DE ABEL

Voló con ansia inquieta le muerte tras el alma  
De Abel, cuando á los golpes del criminal cayó;  
Voló como la garza, que sobre el mar en calma  
El dorso plateado del pez incáuto vió.

Inexorable, siempre con lo que vive en guerra,  
Corrió tras de su presa, que se ahuyentó fugaz,  
Dejando los despojos en la sangrienta tierra,  
Para volar al reino de la inmutable paz.

Llegó de un pronto vuelo la Muerte á darle alcance:  
¡Jamás la ciega ira móstrose más feroz!  
¿Qué mano poderosa la librará del trance,  
Ni escuchará los ecos perdidos de su voz?

El alma sintió el hálito glacial de la honda boca  
De aquella su enemiga, más frío cada vez;  
Mas vió rota su espada, cual témpano en la roca,  
Al darla el primer tajo con hórrida altivez.

Y libre de las garras de la furiosa Muerte,  
Volando siguió trémula de su destino en pos:  
Era la primer alma, que iba á saber su suerte  
Y el premio de sus obras al tribunal de Dios.

Y entonces, cual el ave de los riscosos Andes,  
Que encuentra en los espacios rugiendo al huracán  
Y plega entre los riscos sus recias alas grandes,  
Mientras el viento cruza con yermador afán,

Y allí recobra aliento para volar serena  
En tanto el rayo arde debajo de sus pies;  
Así sobre una nube de tempestades llena  
La Muerte cobró fuerza, para luchar después.

Abrió sus densas alas y se tornó de noche  
Del nublo, que la aguanta, por todo el rededor



Y haciendo de sus bríos frénético derroche,  
Lanzóse tras el alma con vuelo aterrador.

Era una nave negra por mares solitarios,  
Que en un instante deja costa y montaña atrás  
Y hasta las mismas ondas y peces temerarios  
Se esconden á su paso y no se yerguen más.

Era del mundo todo cruelísimo verdugo,  
Que va sembrando miedos por el solar común,  
Era el tirano déspota que va mostrando el yugo,  
Era en el amplio Zahara la imagen del *Semún*.

Perdióse ante sus ojos el alma perseguida  
Y sólo de su estela ténues reflejos ve;  
Y va desesperada la Muerte tras la vida,  
Cruzando los desiertos con indeciso pie.

De pronto en lontananza miró una hermosa aurora  
Que nunca tan espléndida, ni blanca contempló  
Y allá ascendiendo el alma con lumbre brilladora;  
Y ciega de coraje tras ella se lanzó.

Mas al llegar al radio de aquella lumbre blanca,  
Cual barco, que entre sirtes ocultas dió del mar,  
Paró la Muerte el vuelo de su carrera franca  
Y vióse la deshecha de súbito bajar.

Y un ángel más hermoso que el luminar del día  
Y de cabellos rubios y de nevada sién  
Y azules vestiduras con rica argentería,  
Gritó con voz henchida de célico desdén:

—Atras, odiosa Muerte, que pisas los linderos  
De la región gloriosa del alma eternidad;  
Perenne aquí es la vida; no tienes aquí fueros;  
Tan sólo allá en el mundo rige tu potestad.—

Y dando horribles tumbos bajó de zona en zona,  
Maltrechas las dos alas, cual índico condor,  
Que allá en el Himalaya, de vuelo audaz blasona  
Y cae muerto al tiro del diestro cazador.



La vieron descendiendo los séres voladores,  
Que viven en los aires y nadan en la luz  
Y huyeron de su encuentro, preñados de terrores,  
Cual de una eterna sombra de fúnebre capuz.

Chocó con fuerte estrépito en la enriscada cima  
De una empinada sierra, que Dios en dos partió  
Y rebotó cayendo por la medrosa sima,  
Que forman los dos tajos y allí desapareció.

Y allá en la agreste cumbre las astas asomaron  
Y luego el cuello hirsuto de un gamo montaraz  
Y buitres y condores, que en alto revolaron,  
Mirando á su enemiga presa de inerte paz.

Y albricias dando al monte y al valle y hondo río  
Sonaron por los aires cántares de placer,  
Pues ya la Muerte trémula no tiene á su albedrío  
De la creación entera ningún viviente sér.

Mas mientras loco el mundo celebra en larga fiesta  
El día codiciado de su inmortalidad,  
Abajo en el abismo la Muerte se recuesta  
Y va dando señales de vida y libertad.

FRANCISCO JIMÉNEZ CAMPAÑA.

*De las Escuelas Pías.*

*(Concluid).*







## EL PADRE CAMARA Y TAMAYO

(RESULTADO DE UNA VISITA)

(CONCLUSIÓN)



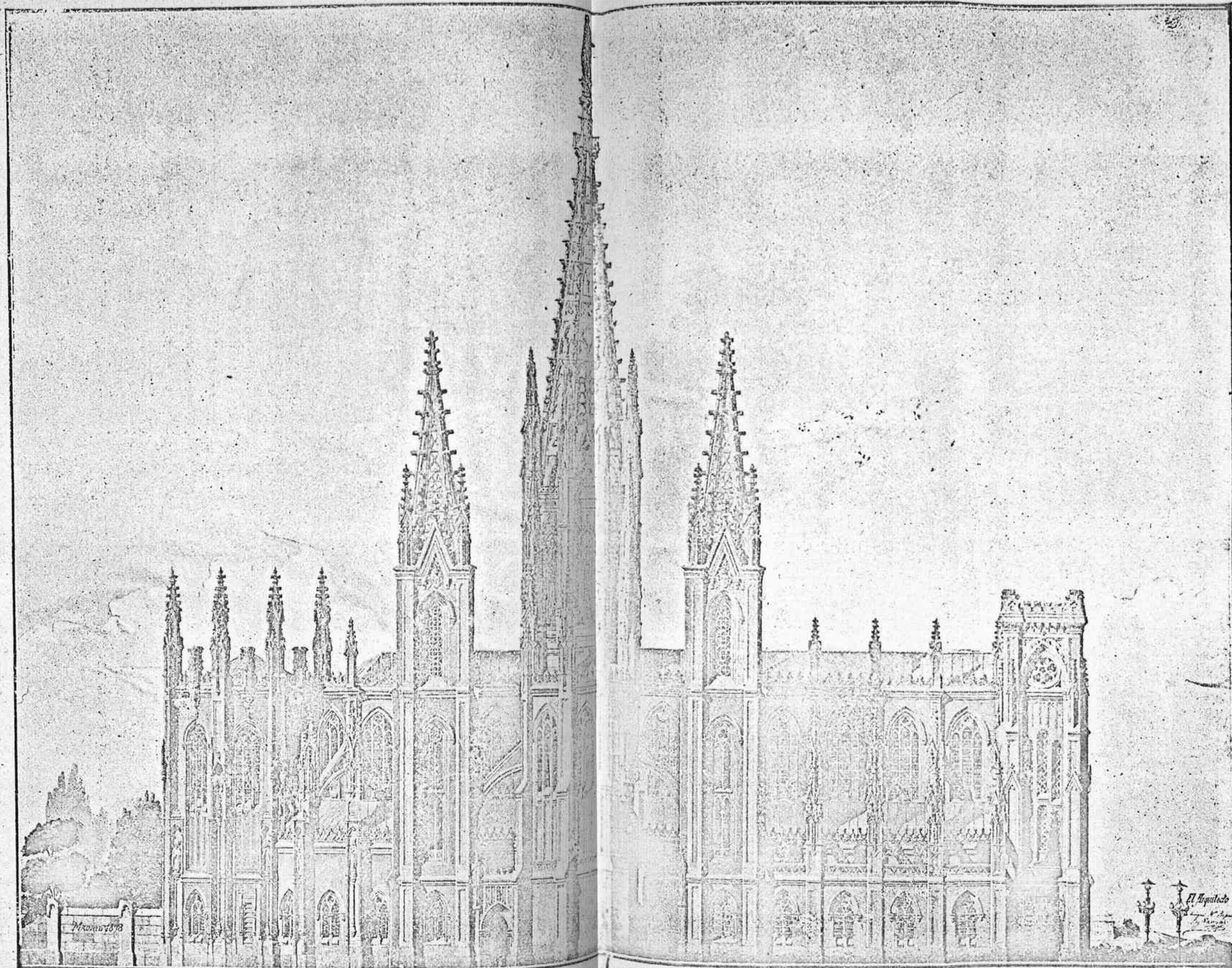
A segunda petición—dijo entonces el Sr. Obispo— será para usted más sencilla que la primera. He sabido que se está organizando aquí el *Archivo Histórico Nacional* con los papeles procedentes de muchos Conventos suprimidos, del Consejo de Indias, de Estado y de la Inquisición, que yacían arrumbados en los sótanos de...

Ha sido excelente idea la de usted, Sr. Tamayo; y por ponerla en práctica juzgo que han de vivirle agradecidos los amantes de los estudios históricos. Y como este Padre que me acompaña, y á quien usted ya conoce, es un ratón de Archivos, tal vez logre topar con algo que á Santa Teresa se refiera; y ¡calcule usted entonces mi alegría en poder con ello dar pábulo á la Revista!

— ¡Ay! Padre mío— exclamó Tamayo mirándome con ojos de no disimulada lástima— le compadezco á usted, usted no sabe que eso es un deforme montón de ruinas, es un caos, es un mar sin fondo y sin orillas, un laberinto de papeles. Allí no hay índice de nada. Los mismos archiveros, á pesar de su cultura, se hallan asustados al tratar de poner en orden tal cúmulo y baturrillo de documentos. Y respecto á Santa Teresa..., ¡bah! será como buscar una aguja en un pajar.

— Tiene usted razón, señor Tamayo, en lo que dice; y aún se ha quedado corto (hube de responderle yo). Me consta por alguno de los archiveros que aquello es un *mare magnum*,





BASÍLICA EN CONSTRUCCIÓN DE ALBA DE TORMES.==FACHADA LATERAL



donde será preciso nadar y buscar mucho para hallar algo provechoso. Pero si usted me presta el cable de su bondad, tal vez logre arribar á puerto, satisfecho y sin peligro.

—¿Cable ha dicho usted?... ¡Ah! lo que es por falta de cable no ha de quedar.

Y poniéndose nerviosamente el gorro negro de borla que sobre lo mesa tenía..., “vamos andando—exclamó—las cosas en caliente. Ya verá usted, ya verá usted el cable que voy á darle,”—nos iba diciendo al señor Obispo y á mí, según subíamos la marmórea escalera que da acceso al Archivo.

Llamó al jefe señor Viñau y á todos los empleados de aquellas salas, incluso al portero (y no sin cuenta y razón, como después supe, porque jamás me exigió que extendiese las pa-peletas de registro). Y cuando los vió reunidos á todos, dijo don Manuel Tamayo con gravedad inesperada: “Señores; ustedes saben que no me gusta imponerme por el mando, y que nunca he tenido precisión de ejercer mi autoridad aquí. Pero hoy es distinto. Quiero complacer á mi queridísimo Señor Obispo de Salamanca, y á este Padre Agustino que les presento. Me piden permiso para registrar á sus anchas este Archivo histórico que está todavía en los comienzos de su organización; y aunque no se ha abierto al público, quiero que se proceda con ellos como si lo estuviese; es más, quiero que se les dé toda clase de facilidades en la búsqueda y copia de los documentos que necesiten, como si fuera á mí mismo. No tengo más que decirles,”. Y volviéndose hacia mí, añadió:

—¿Quiere usted más cable?

El Señor Obispo y yo, contestamos con una sonrisa de agradecimiento.

—¡Bueno! Pues cuando usted guste, desde ahora mismo si lo desea, puede empezar sus trabajos de investigación, en que le deseo un éxito feliz.

—Gracias, bondadoso Sr. Tamayo. Empezaré mañana; y no dudo de que con tanto cable es imposible naufragar.

.....

Pasaron días, transcurrieron semanas revolviendo yo con afán aquellos legajos polvorientos donde, á veces, hallazgos interesantes de documentos pertenecientes á Inquisición y Estado, me hacían olvidar ó perder el hilo de cuanto pudiera referirse á Santa Teresa de Jesús. El trabajo no era inútil, pero tampoco conducía al objeto principal. Tamayo debió de



comprenderlo también así; porque en sus visitas al Archivo, sin duda para asegurarme de que el cable de su generosidad no me faltaba, solía decirme con sonrisa algo burlona cuando yo le enseñaba algún documento curioso:

—¡Bien!; pero de Santa Teresa... ¿qué?

—Pues, de Santa Teresa... nada por ahora.

—Desengáñese usted, decía. Es difícil que nuestros antepasados, tan amantes como nosotros de esa esclarecida Santa, dejaran de publicar cualquier cosa que pudiera ilustrar su vida. Me parece que todo se sabe ya, y nada nuevo logrará usted.

—Así podrá suceder, Sr. Tamayo; pero yo tengo la opinión contraria. Nuestros antepasados hacían más de lo que publicaban; ó porque no daban importancia á cosas que hoy la tienen, ó porque temían sacarlas á relucir. Por eso conocemos la historia muy á medias, y, en muchas ocasiones, lo contrario de la verdad.

—Bien, bien; pues siga usted adelante; no quiero interrumpirle.

A los pocos días de este diálogo, el insigne dramaturgo, que debió de verme muy enfrascado revolviendo un abultado mamotreto, llegándose por detrás y poniéndome una mano sobre el hombro, me dijo á media voz:

—¡Qué! ¿Ha dado usted con algún filón... submarino?

—A la vista está, le interrumpí algo triunfante en mi amor propio.

Lea usted lo que reza por fuera este legajo: *Papeles del Convento de Carmelitas Descalzas de San José de Avila.*

—¡Hola, hola! ¿Y por dentro?

—Eso es precisamente lo que estaba averiguando. Por de pronto hallo aquí el

*Testamento cerrado* del padre de Santa Teresa, otorgado el 3 de Diciembre del año 1543;

Un *Inventario* de los bienes que dejó á su muerte;

Una *Carta de arras* á favor de su segunda mujer D.<sup>a</sup> Beatriz de Ahumada (madre de la Santa);

El *Codicilo* de Lorenzo de Cepeda (hermano de la misma) otorgado el 28 de Julio de 1578;

Tres *Cartas* del célebre Fr. Jerónimo de Gracián, una de ellas dirigida á la Duquesa de Alba desde Alcalá el 1.<sup>o</sup> de Di-



ciembre de 1579, en que le da noticias de la Madre Teresa de Jesús y de la enfermedad que ésta había contraído por su viaje á Toledo;

*La Orden que expidió el P. Gracián para que fuese enterrado el cuerpo de Santa Teresa en el Convento de San José de Avila;*

*La Ejecución del anterior mandato acordada por el Provincial y Definidores del Carmen Descalzo;*

*La Relación de cómo se verificó el traslado del cuerpo de Santa Teresa desde Alba de Tormes al Convento de Avila; y, finalmente, entre otras cosas:*

*El Pleito que sostuvieron las Monjas Carmelitas de Avila para que no se convirtiese en teatro de comedias la Casa donde nació la Santa.*

—¿No le parece á usted, Sr. Tamayo, que todo esto merece alguna consideración?

—Mucha, sí, señor; mucha. ¿Y qué piensa usted hacer de todo eso?

—Escribir al Sr. Obispo, y que allá se las arregle. Él averiguará si estos documentos son inéditos y merecen ser publicados en LA BASÍLICA TERESIANA.

Así lo hice. El P. Cámara me contestó que se alegraba del hallazgo, y que había enviado mi nota á los Padres Carmelitas en averiguación de si tales papeles se habían ó no publicado en las Crónicas de su Orden ó en otra parte

Mas, sea porque los Rdos. Padres Carmelitas viven más solícitos y cuidadosos de las cosas del cielo, que no de estas otras de la tierra, aunque se refieran á su Santa Madre; ó fuese también porque el insigne Prelado de Salamanca, á pesar de su celo infatigable por las glorias de la esclarecida virgen abulense, no podía atender á todo, es lo cierto que la consulta quedó sin resolver, ó, por lo menos, á mi noticia no ha llegado la solución en sentido alguno.

Mientras tanto pasaron los años sin que LA BASÍLICA TERESIANA, no ya publicase, pero ni siquiera extractase los referidos documentos, hasta que se aprovechó de su noticia mi ilustre y eruditísimo amigo Don Manuel Serrano y Sanz, dándoles cabida en el tomo II de supremiada y monumental obra *Apuntes para una Biblioteca de Escritoras Españolas*; Madrid 1905. Desde la página 479 á la 510 ha publicado dichos pape-



les con el epígrafe de *Documentos inéditos referentes á Santa Teresa de Jesús y su Familia* (1).

Es curiosa la *relación* que hace el testigo de vista Fray Gregorio Nacianceno de cómo se verificó el *traslado* del cuerpo de Santa Teresa desde Alba de Tormes al convento de Avila en el mes de Noviembre de 1585, á los tres años de morir la santa reformadora. Aquella *traslación*, que más bien fué un robo (llamémosle piadoso) con todas las agravantes de sorpresa, engaño y nocturnidad, motivó que el Sr. Nuncio, por orden expresa de Su Santidad el Papa Sixto V, mandase bajo pena de excomunión que se devolviera íntegro el santo cuerpo á Alba de Tormes. Y ni aun con eso hicieron caso, hasta que se sentenció el pleito entre el Duque de Alba y las Monjas de Avila á favor del primero, según consta por otro documento fechado en Madrid el 1.º de Diciembre de 1588.

Algunas de estas cosas que en parte eran conocidas por la mayoría de los agiógrafos de Santa Teresa, resultan interesantes y como nuevas á la luz de estos documentos auténticos; porque todo cuanto pueda ilustrar la historia de la heroica reformadora carmelitana tiene un atractivo y encanto singulares.

P. MIGUÉLEZ,

*Agustino.*

---

(1) El docto catedrático y culto escritor, Sr. Serrano y Sanz, al ofrecernos su valiosísima colaboración, nos ha prometido publicar en nuestra Revista nuevos documentos referentes á Santa Teresa, con los cuales ha logrado dar en sus incesantes investigaciones históricas. — (*Nota de la Redacción*).







## Á SAN JUAN DE LA CRUZ

---

¿Queréis subir? Mirad: sobre el Carmelo  
tiene Juan de la Cruz aquel retiro  
que es la primera llave para el cielo.  
No esperéis encontrarlo en soledades  
del vicio encanto ó de aversión remedio;  
por aquí no se va á la tiburtina  
Granja, á soñar molicie y liviandades,  
de la plebe latina  
apartándose, al par que inspira tedio.  
Aquí de amor la celestial doctrina  
cátedra tiene; aquí se enseña el medio  
de convertir en templo la ruina,  
de transformarse el hombre en santuario  
de su Dios, y en espléndida mañana  
la triste noche. Oid del Solitario  
cuál se explica la ciencia soberana.  
Creado el corazón para Dios mismo,  
nada lo aquieta aquí; bajo la llana  
superficie del mar está el abismo;  
hartad cuantos deseos  
engendra el corazón, echadle amores,  
y seréis como un niño que intentara,  
de pie sobre los altos Pirineos,  
que, al verter la cestilla de sus flores,  
todo el valle de flores se llenara.

Ni el áureo vaso, rebosando el borde  
el purpurino néctar, escanciado  
de las vides que el mismo Rey plantara;  
ni el baño perfumado





SAN JUAN DE LA CRUZ



junto al pensil, delicias del sentido,  
 ni la muelle algazara  
 preludio del placer, ni el ancho coro  
 de cantatrices bellas escogido,  
 ni sus corceles enjaezados de oro,  
 ni su vajilla que admiró el Oriente,  
 ni las mujeres que adoró á millares,  
 nada, nada sació la sed ardiente  
 de aquel Rey que bebió la dicha á mares,  
 de Salomón, el ébrio de ventura,  
 hasta que al fin su corazón doliente  
 halló falaz la gracia y la hermosura,  
 y vió que la alegría  
 del placer tiene dejos de agonía,  
 y el gozo acaba y el tormento durá.

¿Qué entonces satisface  
 al corazón mientras está en la tierra?  
 Sólo es feliz cuando desnudo yace  
 y en pobreza de espíritu se encierra.

Salid del corazón, vanos amores,  
 turbios deseos, pálidos temores,  
 para que gane el alma  
 la inalterable calma  
 que da á sus amadores  
 la caridad, que cuando al hombre llega,  
 la voluntad para sus gustos muere,  
 busca aflicciones, consolarse niega  
 y á sólo Dios se entrega  
 muriendo en Él en tanto que viviere.

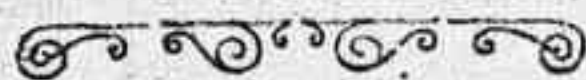
Venid aquí, cantores,  
 los que cruzáis del mundo los desiertos,  
 sin ideal, como vivientes muertos,  
 y convirtiendo en dios vuestros dolores;  
 seguid los pasos ciertos  
 de este poeta altísimo que canto.  
 Triste Leopardi, Byrón sin fortuna,  
 para cruzar los mares del quebranto  
 de estas dos tablas elegid alguna:  
 murió Cristo, y la cruz hay que llevarla



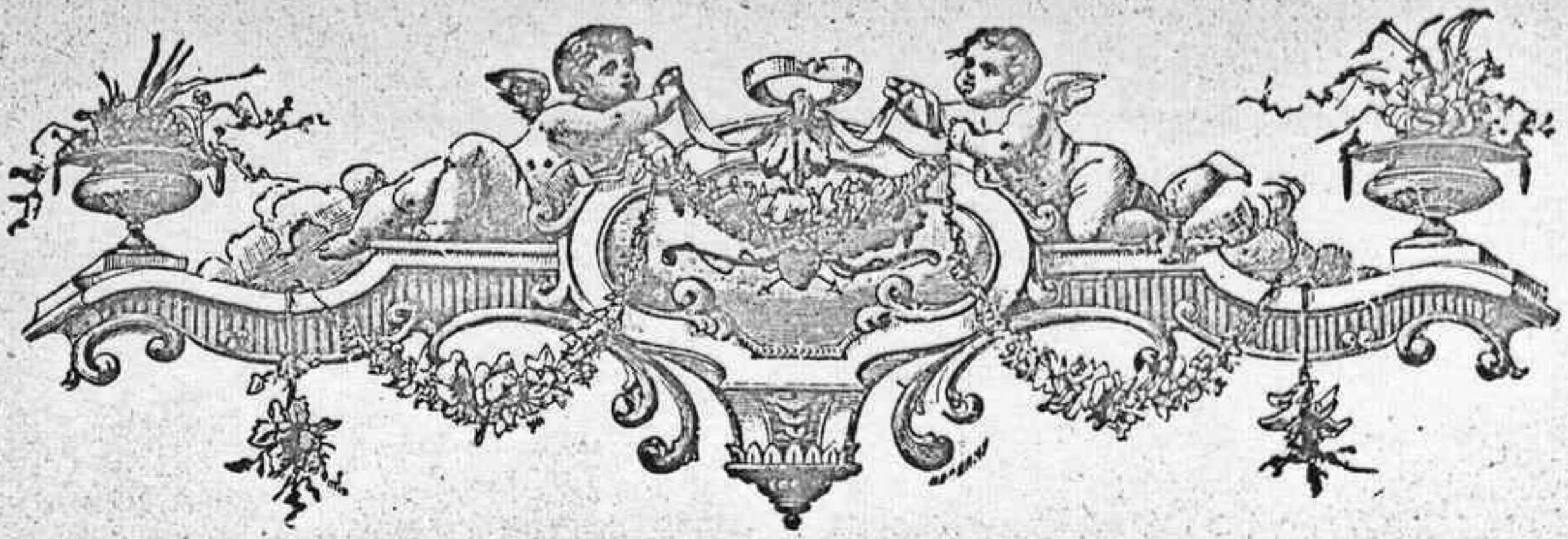
con gusto hasta la cima del Calvario,  
 ó como férrea mano soportarla  
 todavía en el fondo del osario,  
 ó á la Cruz del Señor unir la suerte,  
 aprendiendo á clavarse en sus amores,  
 ó entre eternos dolores  
 sin amar á la Cruz, sufrir su muerte.

Aventaron memorias funerales  
 de Belos y Nerones  
 los Aquilones fieros de la Historia,  
 y en medio de sus tiendas sepulcrales  
 ignorados están los Faraones.  
 En cambio crece al cielo tu memoria,  
 y al altar que la Iglesia te levanta  
 dan pedestal los siglos; se abrillanta  
 con tu nombre la Patria en que naciste,  
 y un rayo de alegría  
 ilumina á la triste  
 en la que hoy la cerca noche obscura,  
 y al pie de tu sagrada sepultura  
 quizá te pide renovar el día  
 de su pristina gloria no igualada.  
 ¿Tú le ofreces con gracia sonriente  
 la Cruz que hay en tus manos?  
 Pues bien; dale la Cruz; ¡mas dala entera;  
 porque la misma cruz que el caballero  
 llevaba al cinto en pedestal de acero,  
 y rayo y gloria en los combates era,  
 iba también en la triunfal bandera,  
 entre regios castillos y leones,  
 que con trajín, pavor de Marte fiero,  
 llevaron antes por el mundo entero  
 de tu Patria y la mía las legiones!

JOSÉ DEVOLX Y GARCÍA.







# EL SENTIMIENTO

(CONTINUACIÓN)



Un ejército puede constituirse por sus armas ó cuerpos perfectamente sabios y dispuestos para su respectiva misión en el campo de batalla, pero ¿cómo ha de realizarse ésta sin una táctica que engrane sus esfuerzos, y sobre todo, de una disciplina, motor moral, que anulando el triunfo de la parte realice el del todo? Pues esa disciplina que, por llamarse militar, la representa la imaginación del vulgo como engendro de la tiranía, como verdugo de toda libertad y de todo sentimiento, es, sin embargo, capaz de todas las dádivas y dulzuras del sentimiento, hasta el extremo de hacer apetecido y disputado el sacrificio, honroso el sufrimiento, dulce y gloriosa la muerte. Por eso vence.

Y por eso es vencida toda sociedad que no vive constantemente entregada á la disciplina moral del sentimiento. Esos grupos de que hemos hablado, cuanto más poseedores de su saber y de su aptitud, serían bandos que se disputaran la posesión de la tierra con el encarnizamiento proporcionado á la potencia de las armas que poseyeran, mientras que para evitar los horrores de tal lucha, que anularía todo principio social, sería forzosa una autoridad tiránica, una ley de hierro, dado que no hay más que dos medios de sujetar el hombre al deber y al sacrificio; ó la propia voluntad encauzada por el sentimiento ó la voluntad ajena impuesta por el terror. Lejos de nuestro ánimo y deseo imponer esta última; por eso preferimos la primera, y encontramos en ella el único medio de establecer la armonía y el bien entre todos los seres: de ahí la absoluta necesidad de lo que hemos llamado educación profesional de la vida, cultivo del sentimiento que, inspirando más tarde el sacrificio de uno en aras del bien de los demás, hace posible la vida para todos, y lo que es más, hace fuertes á los individuos, á las razas y á las naciones.

Nada más lejos de nuestro ánimo que la ilusoria pretensión de formar un mundo nuevo, una Arcadia feliz, una sociedad angélica, algo que no haya existido nunca; nada de eso. Demasiado nos consta que algo de lo propuesto es condición exclusiva de las sociedades jóvenes, y que las que llegan á la vejez, padecen necesariamente los vicios que se censuran. Pero, por una parte, la vejez no es incapaz de



volver á la virtud, antes bien, su experiencia la induce, hasta por conveniencia, á la práctica de ellas, y, por otra parte, y al contrario de lo que se cree, nuestra sociedad no es vieja por agotamiento, por verdadera senectud, sino por desengaño, triste enfermedad que aparenta envejecer á la misma juventud. Más aún, pudiéramos añadir que sólo ha envejecido en nuestra sociedad lo que pudiera estimarse como la cabeza, la clase directora, permaneciendo joven y lozano el corazón. Es, pues, en suma, una cuestión de educación, una sustitución de ideas, no un cambio de naturaleza lo que se propone.

En esas controversias que hoy se sostienen acerca de la educación nacional, dije ya al principio (y creo haberlo fundamentado), que todos se desvían del fin principal, como del verdadero origen, y éstos no son otra cosa que la educación de la mujer. ¿Quién es, sino la mujer, el primer maestro del hombre? ¿Quién, mejor que ella, en su divino oficio de madre, ha de enseñar al hombre esa primera educación profesional de la vida, de la vida honrada, base de todas las demás, como he demostrado? ¿Y qué escuela normal de madres hemos de constituir mejor que aquella en que se enseña toda la ciencia del sentimiento, que no es sino la ciencia de la maternidad? Pues qué, el hombre como la mujer de hoy, en general, sacerdotes, aún más que fieles del becerro de oro, del mónstruo del egoísmo, de la fiera de la vanidad y la cobardía ¿no han pasado por aquella escuela primaria del hogar, donde todas estas cosas deben desconocerse? ¿Y quién se cuidó de ello? Así es, como más adelante, por no conocer una moral que regule los hechos humanos por el camino del bien, han tenido esos seres que crear una moral extraña, hipócrita, acomodaticia, que corre hoy como moneda corriente; que regula nuestras livianas costumbres, nuestras malas acciones, nuestros falsos sentimientos y nuestras vanas ideas y que forma hoy un código social, más venerado que aquel que descendió entre rayos y truenos en el Sinaí, escrito por la mano de Dios; código hoy vigente, en el cual el sentimiento no entra para nada, como no entra apenas en la sociedad, como va ya desapareciendo del hogar, y ¡triste es decirlo! como va apagándose también en el corazón de la mujer, que es su altar, su templo, que es el Sinaí donde el hombre ha debido aprender el decálogo del amor, no entre rayos y truenos, sino entre sonrisas y halagos, entre caricias y besos, entre abnegaciones y sacrificios.

¡Cuánta pena no causa en el ánimo ver á una mujer disponer, como suicida, de su existencia y ya con el arma ó el veneno, arrebatarse al mundo una vida, al amor una esperanza, á la ilusión un ideal! ¡Qué lástima tan honda ver desaparecer aquel cuerpo gentil y hechicero, que parece encerrar, como concha misteriosa, todos los encantos del amor, todas las seducciones del talento, de la distinción y de la inteligencia! Pues ¡cuánto mayor dolor, cuánta más honda pena, qué tristeza tan amarga, ver á tanta mujer, á tantos ideales de la esperanza, ensueños de la ilusión, imágenes de la dicha, seres que parecen encarnar en la tierra la dulce misión del ángel bueno, verlos consumir impávidos el suicidio del corazón y verlas luego marchar por los caminos de la vida, como aquellos sepulcros de que la Escritura habla: «belleza todo por fuera, pobredumbre todo por dentro»!

CASTOR AMÍ.





**Las fiestas de Santa Teresa en Alba.** — Si nuestra pluma hubiera de escribir á impulso del entusiasmo que en nosotros excitaron las fiestas religiosas habidas en Alba en loor de Santa Teresa, las páginas de LA BASÍLICA serían insuficientes para dar cabida á nuestra reseña; mas, como esto no es hacedero, y atendiendo por otra parte á la brevedad, nos contentamos con sucinta información.

*La Iglesia.* — Nos pareció vestíbulo de la gloria. Los recuerdos venerandos que de Santa Teresa allí se conservan, la primorosa pulcritud de los adornos, el ambiente celestial que se respira, la elocuencia con que hablan al corazón cristiano el arte, la poesía, la religión y el amor divino, atraen, cautivan el alma, llenándola de inefables consuelos.

*Los Prelados.* — Homenaje de filial cariño tributaron á Santa Teresa el Excelentísimo Señor Obispo de Palencia y Fr. Guillermo Juan Kenny, venerable Prelado de San Agustín de la Florida (Estados Unidos), celebrando el primero misa Pontifical el venturoso día del 15 de Octubre y presidiendo el segundo la procesión solemnísimas de la tarde. A buen seguro que la seráfica virgen del Carmelo dispensó regaladas mercedes á entrambos Prelados que tanto la enaltecieron.

*Las comuniones.* — Los PP. Carmelitas y los sacerdotes no se dieron punto de reposo para oír en confesión á incontables personas, ansiosas con santo anhelo de recibir en sus pechos á Jesús Sacramentado. Varios fueron los altares donde se distribuyó el alimento eucarístico, y Santa Teresa, los ángeles y la Trinidad augusta se complacerían desde las moradas del eterno gozo en la hermosura de tantas almas que se comulgaron, dándoles en retorno aumento de virtudes y una centellica de aquel amor que tan sobremanera endiosara á la seráfica Madre.

*La procesion del 15.* — Alba rindió á su esclarecida Patrona honores de reina; de reina, sí; que nadie calificaría de exagerada tal expresión contemplando airoso, bella, riquísima con deslumbradora pedrería la imagen de Santa Teresa llevada en triunfo por las calles de la villa; viendo ondear magníficos estandartes y en los balcones colgaduras de mucho valor; escuchamos el alegre volteo de las campanas y las notas de la banda de música, adivinando, en fin, sin esfuerzos de la imaginación que los candorosos niños, las jóvenes fervorosas y las personas pías de edad ya madura exclamaban con enardecido é interior afecto: Teresa de Jesús es el amor de nuestros amores y el encanto de nuestros encantos. Merece particular mención que el Sr. Obispo de Palencia asistió revestido de Pontifical á la antedicha procesión.

*El Rosario de las Teresianas.* — Desde la iglesia de San Juan, en ordenada procesión, se dirigieron las Teresianas cantando el Rosario á la Basílica de la Santa. Con ejemplo de tanta piedad inauguraron las piadosas jóvenes de Alba sus obsequios á Santa Teresa.



*Los predicadores.*—Himno de acendrado, filial amor á Teresa de Jesús: remembranzas dulcísimas de la diócesis palentina que amorosamente la recibió cuando allí fundó; corona de siemprevivas á la memoria de los ilustres Prelados salmanticenses Lluch, Izquierdo y P. Cámara; destello de una devoción tierna á la Reformadora del Carmelo fué la platiquita que el sabio y elocuentísimo Obispo de Palencia pronunció antes de la procesión del día 15.

El P. Real, hijo benemérito de la preclara Compañía de Jesús, demostró en sus sermones y pláticas inteligencia profunda de las obras de la Santa, acierto en la elección de los temas, facilidad de palabra, elocuencia cautivadora de los oyentes, arranques de sublime lirismo oratorio, ansia ardorosa, caldeada por el amor á Teresa de Jesús, de que los individuos, las familias y las naciones siguieran la senda trazada por aquélla en sus inmortales escritos.

El Muy Ilustre Sr. D. Gonzalo Sanz, con dominio completo en el decir, con la serenidad de orador consumado, brillante en el lenguaje, armonioso en los períodos, afortunado en las imágenes poéticas, avasallador en el raciocinio, enardecido en los afectos puso en relieve el día de la octava las obras maravillosas que por amor de Dios realizó Santa Teresa y cómo no desistió de sus empresas generosa, ni ante las persecuciones ni ante las contrariedades.

*Los cantores.*—Con melodía grave y majestuosa; con inspiradísimas composiciones, exteriorización de sentimientos sublimes, obsequiaron á Santa Teresa los afortunados cantores á quienes cupo la suerte de enfervorizar los espíritus con los acordes del canto religioso.

*La concurrencia.*—Los días 15, 21 y 22 fué extraordinaria, así de seglares de todas condiciones, como de sacerdotes; y era de alabar á Dios el piadoso recogimiento, la gratitud sentidísima que mostró, ora venerando las reliquias de la Santa, ora asistiendo á las funciones religiosas.

*Gracias.*—Muy afectuosas las merecen las MM. Carmelitas, porque aun á costa de ímprobo trabajo satisfacían la curiosidad de los devotos, enseñándoles recuerdos y reliquias de la Santa; la ilustre y venerable Hermandad de Santa Teresa por haberla honrado con fiestas de tanta pompa, y ¿por qué no decirlo? el amable D. Bruno, camarero desinteresado de su amada Teresa, pues ni el cansancio, ni los desvelos le rindieron, consiguiendo así que todo estuviera á punto, con orden y concierto.

*Nota discordante.*—Fué dada por la compañía dramática, anunciando primero en su programa obras tan... como *Electra* y *Los malhechores del bien*, y representando luego, á pesar de la razonada protesta del dignísimo Párroco de Alba, dramas no avenidos con la moral y los sentimientos católicos albenses.

¡Por Dios! ¡Por Santa Teresa! No se permita en adelante insultar así, y en días que todo es devoción á la Patrona de Alba, las creencias cristianas.

\* \* \*

**Por Santa Teresa: A las mujeres españolas.**—Nuestra ilustre colaboradora D.<sup>a</sup> Blanca de los Ríos, de Lampérez, deseosa de rendir espléndido homenaje á la mística Doctora publicó, en el número 2.020 de *El Universo*, brillante artículo en el cual exhorta á todas las compatriotas de Santa Teresa de Jesús á que secunden las nobles y generosas iniciativas de la Serma. Infanta Doña María de la Paz para erigir en honor de la Virgen abulense suntuosa y monumental Basílica, "un templo digno de su culto".



Arde en todas las líneas de tan hermoso artículo el fuego sagrado del entusiasmo teresiano que siente flamear en su corazón la insigne escritora, gloria de las letras patrias, que ha puesto su lira y su pluma á discrecion de la Infanta Paz en señal de rendido vasallaje á la Santa castellana.

Para solaz de nuestros lectores y para que las mujeres españolas respondan al llamamiento de la brillante y castiza literata, copiamos á continuación el hermoso artículo:

*"Por Santa Teresa: A las mujeres españolas.* — Mientras las energías nacionales piérdense en estériles lamentaciones, unámonos, siquiera por una vez, las mujeres; realicemos un grande acto de solidaridad en pro de una patriótica, noble y generosa idea: la de rendir el debido homenaje á una mujer que fué orgullo de la Patria, gloria de las letras y honor de nuestro sexo.

El nombre de Teresa de Jesús sabe á las regaladas mieles de nuestra mística inmortal; revive en toda alma española las grandezas de nuestro primer siglo de oro, y evoca en todo espíritu enamorado de lo excelso la magna figura de la ascética fundadora, de la escritora iluminada, de la hembra de temple heroico, forjada del mismo bronce que nuestros capitanes y nuestros poetas de aquellos días sin ocaso.

Bajo la pluma de Teresa de Jesús, el verbo castellano se hace digno de desposarse con la mística española, y de aquel ideal consorcio brotan páginas eternas, que bastarían á dar á Teresa de Cepeda la inmortalidad por escritora, si ya no hubiese tenido la gloria de los Santos.

El nombre de Teresa de Jesús es, pues, un timbre glorioso para los creyentes, para los españoles, para los intelectuales, para cuantos hablan la generosa lengua de Castilla, para la raza latino-americana, para los católicos de todo el mundo; pero más íntima y directamente para las mujeres todas, y más aún para las mujeres españolas; por eso sólo á ellas me dirijo solicitando su concurso para elevar en Alba de Tormes la Basílica Teresiana.

Hora es ya de que la gran santa, la gran fundadora, la gran escritora española reciba de su patria homenaje digno de su triple excelsitud.

Su Alteza Real la Infanta D.<sup>a</sup> Paz inicia, desde Nympenburg, la idea de una suscripción para construir la Basílica Teresiana, y yo, en nombre de Su Alteza, pregunto á todas mis compatriotas: ¿Habrá una sola mujer nacida en España que niegue su dádiva, por humilde que fuese, al templo de Teresa de Jesús?

Venga con el oro de las privilegiadas la plata de las burguesas, el cobre de las menestrales y hasta el céntimo de las indigentes; con cada moneda caída de una mano femenina vendrá un generoso deseo, y de todos esos votos y esos dones crecerá el templo, como de la fe de nuestros padres crecieron las catedrales augustas, y subirá á lo alto como una oración de piedra, como un monumento erigido por las mujeres españolas á una mujer que alcanzó á sublimar el sexo entero.

Entonces habrá pagado España su deuda á la gran Doctora avilense; entonces la Santa tendrá templo digno de su culto, y la autora de *Las Moradas* una morada digna de que á ella descienda y en ella pose amorosamente, entre los suyos, aquella inflamada alma efusiva que tan bien sabía los caminos que unen la tierra con el cielo

BLANCA DE LOS RÍOS DE LAMPÉREZ.



**Nueva Superiora general.**— Para sustituir á la inolvidable R. M. Luisa del Sagrado Corazón de Jesús ha sido elegida Superiora general de la Congregación de Siervas de San José la R. M. Teresa Solsamendi.

Felicitemos cordialísimamente á la nueva Superiora general, y la auguramos el más feliz suceso en el desempeño de tan difícil y espinoso cargo, confiando en su virtud y celo infatigable y reconocidas discreción y prudencia, continúe siendo cada vez más próspero y floreciente el religioso Instituto de Siervas de San José.

\*  
\*  
\*

**El Excmo. Sr. D. Mamés Esperabé.**— En la madrugada del día 3 del actual ha fallecido en el ósculo del Señor, encomendando fervorosamente su alma á la Virgen de sus amores y patrona suya amadísima, la Virgen del Pilar, el Excmo. é Ilmo. Sr. D. Mamés Esperabé y Lozano. Fué el finado Exrector de la Universidad de Salamanca, católico rancio, práctico, de fe raigada, de piedad sólida y ferviente.

Del inolvidable P. Cámara fué, desde que se conocieron, privilegiado amigo. A su lado estuvo siempre, y sobre todo, en aquella ocasión memorable en que prohibió que la "alma Mater," rindiera fúnebres honores al catedrático impenitente, amigo suyo del alma, posponiendo con cristiana y, no sé si decir con heroica valentía, en tan luctuosas y críticas circunstancias los deberes de entrañable amistad á los deberes imperiosos é ineludibles del cristiano.

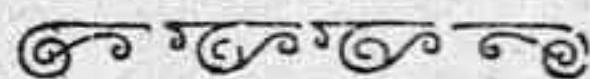
Para las obras de piedad jamás negó su óbolo—nunca escaso—al llorado Obispo terciano, quien siempre que la ocasión se le brindaba, hacíase lenguas de la caridad inagotable, de la bizarra generosidad y largueza de don Mamés.

Para las obras de la Basílica Teresiana no regateó sus limosnas, antes puzo en manos del P. Cámara uno de los más espléndidos donativos que recibiera al comenzar á poner por obra su colosal proyecto, y cóstanos que vió con la más viva simpatía la sublime iniciativa de la Serenísima Infanta Paz al proseguir las obras interrumpidas con la muerte de aquel insigne Obispo, de santa y perdurable memoria.

La Universidad, deseosa de rendir un homenaje digno del Rector insigne, hizo celebrar en la capilla del Estudio solemnísimos funerales. Ofició en la misa de *Requiem* el M. I. Sr. D. Toribio Martín de Beláustegui, asistido de los Canónigos Sres. Campoamor y Sanz.

Por invitación cortés del Claustro universitario asistió á los funerales, y en traje de coro, una comisión del Ilmo. Cabildo Catedral.

LA BASÍLICA TERESIANA suplica á sus lectores encomienden á Dios el alma del piadoso devoto de Santa Teresa.—R. I. P.





# DONATIVOS PARA LAS OBRAS DE LA BASILICA DE ALBA DE TORMES

|  | <u>Marcos y Francos.</u> |    |
|--|--------------------------|----|
| Miss. Katharina Gipfer (Berg) . . . . .  | 60                       | "  |
| Miss. Mc Allister (New York) . . . . .   | 100                      | "  |
| Mrs. Kingdom (Toronto, Canadá) . . . . .   | 50                       | "  |
| Excma. Sra. Baronesa de Truchsess (Munich) . . . . .   | 109                      | "  |
| D. <sup>a</sup> María de las Nieves y D. Alfonso de Borbón . . . . .   | 500                      | "  |
| „ Rosalía Asam. . . . .  | 2                        | "  |
| Pfarrer Mayer . . . . .  | 4                        | "  |
| De las Teresas de Ebenzewe . . . . .   | 15                       | "  |
|  | <u>Pesetas Cént.</u>     |    |
| Del Sr. Obispo de Barbastro . . . . .  | 50                       | "  |
| Enviado por Fr. Jesús Delgado, Agustino (Llanes), por coros . . . . .  | 19                       | 10 |
| Del Excmo. Sr. D. Antonio Ruiz, Obispo de Lystra . . . . .   | 125                      | "  |
| De D. Pedro Barba, delegado de Santander . . . . .   | 12                       | "  |
| De varios devotos de id . . . . .  | 2                        | "  |
| M. I. Sr. D. Andrés Vilchez, Dignidad de Arcipreste, por su suscripción en todo el año de 1906, á razón de 20 céntimos mensuales . . . . . | 2                        | 40 |
| M. I. Sr. D. Pedro Salmerón, Arcediano, por el mismo concepto . . . . .  | 2                        | 40 |
| „ „ „ „ Manuel Jiménez, Chantre, por id . . . . .  | 2                        | 40 |
| „ „ „ „ Luis Sánchez, Maestrescuela, por id . . . . .  | 2                        | 40 |
| „ „ „ „ Sebastián Ruiz García, Canónigo, por id . . . . .  | 2                        | 40 |
| „ „ „ „ Juan Belmonte, id., por id . . . . .   | 2                        | 40 |
| „ „ „ „ Antonio Ortíz, id., por id . . . . .   | 2                        | 40 |
| „ „ „ „ José Domínguez, Magistral, por cuatro meses . . . . .  |                          | 80 |
| „ „ „ „ Manuel López, Penitenciario . . . . .  | 10                       | "  |
| „ „ „ „ Manuel Muñoz, Doctoral, por cuatro meses . . . . .   |                          | 80 |
| „ „ „ „ Felipe Salmerón, Canónigo, por todo el año . . . . .   | 2                        | 40 |
| „ „ „ „ Antonio Luis Jávega, id., por seis meses . . . . .   | 1                        | 20 |
| „ „ „ „ Antonio Ruiz, id., por todo el año . . . . .   | 2                        | 40 |
| „ „ „ „ Francisco Romero, id., por nueve meses . . . . .   | 1                        | 80 |
| „ „ „ „ Pedro J. Garrido, Doctoral, por todo el año . . . . .  | 2                        | 40 |
| Sr. D. José Carvajal, Beneficiado, por cinco meses . . . . .   |                          | 50 |
| „ „ Antonio Hernández, id., por cuatro meses . . . . .   |                          | 40 |
| „ „ Manuel Olalla, id., por id . . . . .   |                          | 40 |
| „ „ Antonio Montes, id., por id . . . . .  |                          | 40 |
| „ „ Francisco Granado, id., por id . . . . .   |                          | 40 |
| „ „ Salvador Ruiz, id., por todo el año . . . . .  | 1                        | 20 |
| „ „ Manuel Martínez, id., por cuatro meses . . . . .   |                          | 40 |
| „ „ Rafael Pocol, id., por cinco meses . . . . .   |                          | 50 |
| „ „ José Barrera, id., por cuatro meses . . . . .  |                          | 40 |
| „ „ Joaquín Gómez, id., por id . . . . .   |                          | 40 |
| „ „ Manuel Martín, id., por id . . . . .   |                          | 40 |
| De una persona devota . . . . .  | 10                       | "  |
| De D. <sup>a</sup> Margarita Alezal, viuda de Romeguera . . . . .  | 100                      | "  |